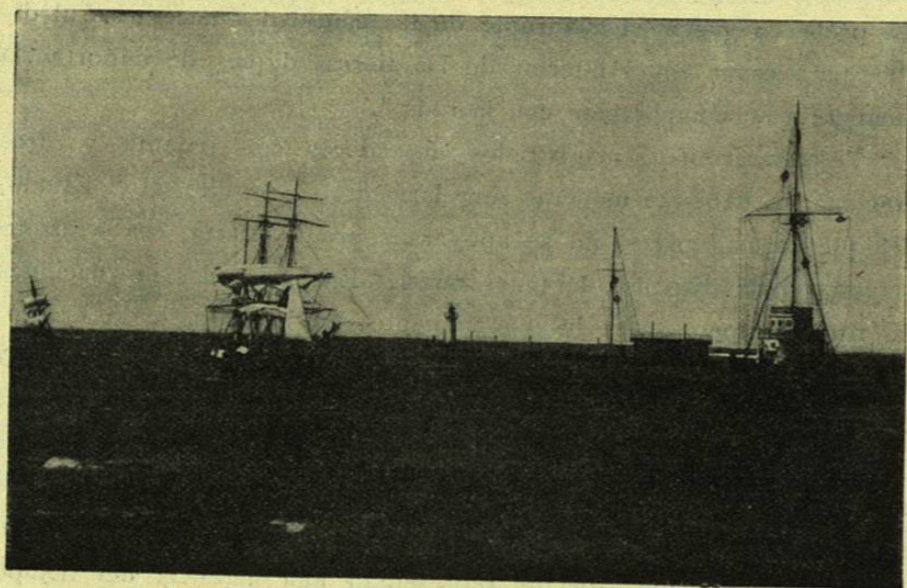


pasiva? ¿Cómo impedir que cada soldado se dé cuenta en su fuero interno de la ridícula incapacidad de la organización militar y de la inutilidad de los esfuerzos que se le exigen? ¿Cómo no sentirá de modo más pesado cada día el sacrificio que hace abandonando trabajo y familia durante tres años y aun durante dos años? Y no pudiendo sustraerse ningún ciudadano al servicio personal, ¿cómo evitar que se extienda en la nación entera la convicción de que ha pasado ya el tiempo del ejército permanente?



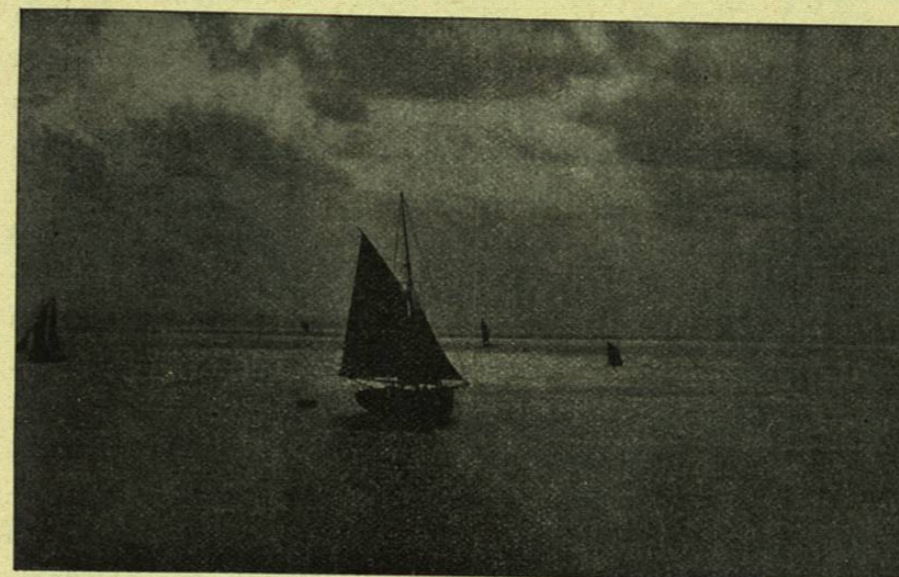
EL HAVRE — ENTRADA DEL PUERTO EN MAREA ALTA

Cl. J. Kuhn, París.

Pero, después de todo, ¿no se ha logrado el objeto principal del ejército, consistente en tener á mano bayonetas obedientes en número ilimitado, menos para oponerlas al enemigo que para atemorizar á un pueblo siempre dispuesto á la crítica, á las amenazas y hasta la revolución? Las tradiciones del ejército exigen que los jefes sean siempre personajes decorativos, que se distingan, como en la Edad Media, por la abundancia de las plumas y de los bordados, por la violencia de los colores. En Inglaterra, los generales son casi todos hombres de la clase elevada<sup>1</sup>, que tienen mucho

<sup>1</sup> H. G. Wells, *Anticipations*.

dinero que gastar en caballos, en torneos y en festines. En Alemania, en Austria y en Rusia son principalmente señores de blasones antiguos; en Francia, la mayor parte se llaman «hijos de los Cruzados», y muchos de ellos, para atestiguar que representan la reacción en su esencia, se glorifican de pertenecer á las familias de los emigrados que combatieron contra Francia durante la primera Revolución. Hasta en Suiza, los cuadros de oficiales, mantenidos en permanencia, constituyen una verdadera aristocracia militar. Deja-



LA RADA DEL HAVRE EN TIEMPO DE CALMA

Cl. J. Kuhn, París.

dos á sí mismos, los ejércitos no tomaron jamás partido por la libertad de un pueblo contra tiranos hereditarios ó usurpadores: en toda ocasión pusieron su fuerza al servicio de algún déspota. Habitados á la obediencia pasiva, no comprendieron jamás una sociedad libre; sometidos servilmente á sus jefes, ayudaban á la sumisión de la población civil.

Hasta cuando el ejército no se emplea directamente como «gran gendarmería» para servir contra el pueblo, sea en las agitaciones políticas, sea en las crisis económicas del trabajo y de las huelgas, no siente menos la hostilidad contra los ciudadanos sin armas. Bien conocido es el gran desprecio de los oficiales de Napoleón hacia

los paisanos ó «pekings», y ese desprecio se halla todavía, aunque en menor grado, en todos los ejércitos, hasta entre los soldados que creen en «el prestigio del uniforme», aunque sólo sea para compensar las humillaciones que les hacen sufrir sus superiores. Ese desprecio engendra el odio, y muchas veces se ha visto el ejército en una guerra nacional, obrar de una manera completamente hostil á los intereses y á los deseos de la nación.

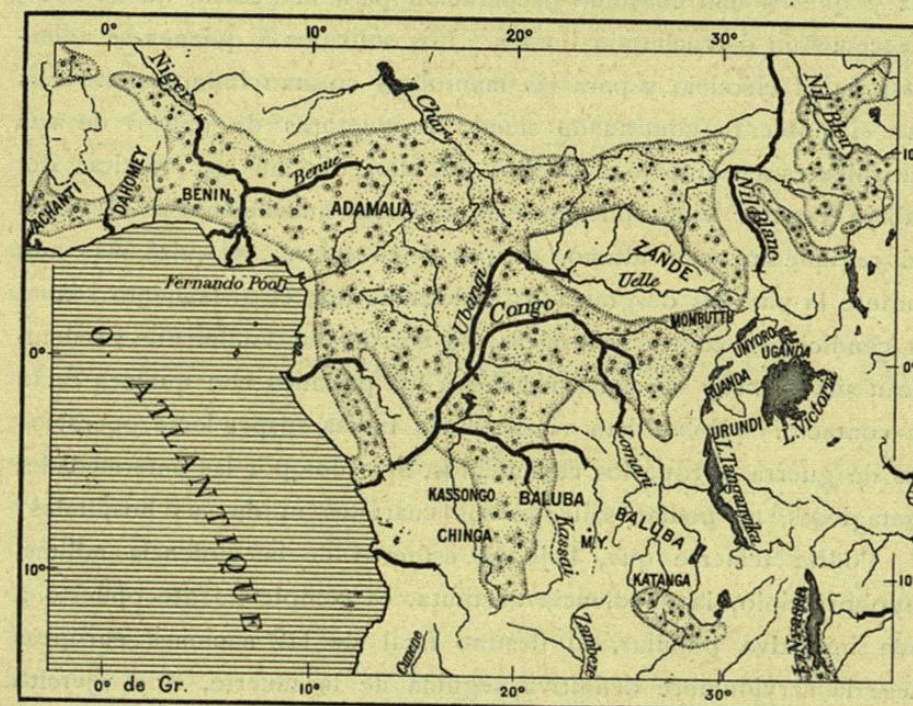
Así, durante la guerra franco-alemana de 1870, Bazaine dejó encerrar en Metz los 170,000 hombres que se le habían confiado, porque quería «conservar un ejército á la disposición eventual de su emperador». Y también, durante el sitio de París, los oficiales que mandaban los fuertes excitaban los odios y las burlas de sus soldados contra los ciudadanos armados; el ejército se hubiera sentido deshonrado por una victoria de la guardia nacional. Por último, en tiempo de paz, la influencia preponderante de las castas militares atribuye á los retirados y á los inválidos, con gran perjuicio del servicio público, numerosas funciones á las que el régimen del ejército no les ha preparado en manera alguna. En Argelia, en el Sudán, se llega hasta desanimar y perseguir á los exploradores que no pertenecen al ejército ó á la Iglesia.

Á propósito de los crímenes que se produjeron en diversas ocasiones en los ejércitos coloniales y que causaron en el mundo una sensación de horror universal, se emitió la idea de que la influencia del sol tropical sería causa de una enfermedad especial, la «sudanitis», que se manifestaría especialmente en los oficiales y les haría cometer actos abominables y sin causa aparente. Esta invención de una enfermedad particular á los militares graduados, que presenta la gran ventaja de ser premiados por los consejos de guerra, y parcialmente también por la opinión pública, recuerda el descubrimiento hecho para el robo en los almacenes de novedades, cuando es cometido por grandes damas que no tienen necesidad de los objetos que se llevan: es entonces un simple caso de kleptomanía, que corresponde, no á los tribunales, sino á la medicina. Sin embargo, en los oficiales dejados en algún terreno colonial, la locura criminal se explica fácilmente sin acceso de sudanitis: el poder absoluto ejercido sobre seres considerados apenas como hombres y

sin haber de temer el juicio de un igual, la reprobación de un solo individuo cuya conciencia ó pensamiento se respeta, ese poder se transforma rápidamente en imperialismo ó en pura maldad.

Organizado para el mal, el ejército no puede funcionar sino para el mal. Durante la guerra destruye todo por el hierro y por

N.º 558. Monarquías del África central y del Sudán.



1: 40 000 000

0 500 1000 2000 Kil.

Según Leo Frobenius — *Geographische Kulturkunde*, p. 9 y siguientes, — existe en el África central y en el Sudán una disposición geográfica de las formas gubernamentales. En el centro, el cazador en el bosque ecuatorial, después la zona de los agricultores que viven en régimen comunal, rodeada por la de las monarquías agrícolas: Achanti, Dahomey, Benin, Adamaua, Zande ó Niam-Niam, Mombutu ó Mangbattu, Kassongo, Chinga, Baluba occidental (M. Y. = Muata Yamvo), Bakuba, Baluba oriental, Katanga. Además se encuentran los pueblos pastores que, en el Este, han constituido imperios: Uganda, Unyoro, Ruanda, Urundi, etc.

el fuego, y la patria que le mantiene, que le suministra los elementos y las armas, gasta para él todos sus recursos presentes y grava el porvenir con tantos empréstitos como los banqueros del mundo quieren consentir. ¿No hubiera aprovechado el Japón la victoria de Mukden y no duraría todavía la guerra de la Mandchuria (1905),

si no se hubiera agotado su crédito? Verdad es que los conflictos entre grandes potencias han llegado á ser acontecimientos raros, porque cada una de ellas teme con fundado motivo los formidables esfuerzos que exigen semejantes luchas, pero los orgullosos Estados se indemnizan destruyendo acá y acullá algunos enemigos lejanos, demasiado débiles para resistir, sin contar que lo que se llama la paz y que es una continua preparación para la guerra, queda siempre como un derroche sin límites. Los soldados á quienes se adiestra para el ejercicio y para las maniobras cuestan infinitamente más que si hubieran continuado siendo productores de pan ó de sus equivalentes en trabajo. Muchos de ellos olvidan las prácticas del trabajo regular y no pueden emprenderlas nuevamente á la salida del regimiento; por último, en paz ó en guerra, y quizá más aún durante la paz, los desgraciados, colocados por el aislamiento sexual en condiciones contra naturaleza, se corrompen fatalmente y comunican sus vicios y sus enfermedades á los paisanos con quienes están en contacto. ¿No se han visto en las Indias suspenderse operaciones de guerra porque los regimientos, atacados por las enfermedades contagiosas, no podían salir de sus cuarteles ni de sus hospitales?

Podría temerse que, bajo el esfuerzo de la violencia militar, cuyo principio, la obediencia absoluta, es completamente opuesto á toda iniciativa popular, el destino fatal de las naciones europeas fuese la servidumbre definitiva seguida de la muerte, si el ejército fuera estrictamente uno en su organización íntima, como aparece en las conferencias que los soldados están obligados á sufrir y en las que cada falta á la consigna, á las órdenes de los jefes, está señalada, como en una especie de estribillo, por una amenaza de pena de muerte. Pero el ejército no es uno; lo de abajo no se relaciona con lo de arriba por una adherencia voluntaria de una parte y de otra; el conjunto no forma una «gran familia» como suele repetirse con frecuencia. Al contrario, los sentimientos de aversión dominan entre los oficiales y «sus» hombres. No puede ser de otro modo: los oficiales, en gran mayoría, pertenecen á las castas de la nobleza y de la burguesía; han vivido fuera del pueblo pobre; han seguido una vía especial; salvo excepciones, jamás han sido soldados de segunda clase y, durante mucho tiempo, el medio más efi-

caz de evitar en absoluto la cohabitación de la cuadra consistió en abrazar la carrera militar; puede decirse más: los oficiales salidos de filas no alcanzan generalmente una consideración igual á la que gozan sus colegas salidos de las escuelas. El oficial domina desde tan alto al militar no graduado, que toda cordialidad se hace imposible: las condiciones de la vida del soldado se arreglan por sargentos, clase híbrida, despreciada por los unos y odiada por los otros. Hasta en los buques de guerra, donde por ser el espacio tan reducido parece que el contacto habría de ser inevitable, allí mismo, y allí sobre todo, la separación es completa entre los que mandan y la tripulación que ha de obedecer á la menor señal: en ninguna parte se hace sentir más duramente la rigidez brutal de la casta: diríase que los jefes sienten la necesidad de aumentar la distancia moral para compensar la falta de distancia material.

Gracias á esta línea de separación absoluta entre los oficiales y los «hombres», la sociedad ha podido á pesar de todo evolucionar hacia lo mejor. Si la guerra, con toda su vida particular de horrores y de matanzas, fuera la ocupación real del ejército, éste encontraría su monstruosa unidad fuera del cuerpo social, pero felizmente los grandes conflictos internacionales son raros y el desdoble se hace entre los dos elementos del organismo militar: la casta de los oficiales se asocia á las otras castas directoras, mientras que por su parte la tropa gravita naturalmente hacia la masa del pueblo de donde se le ha sacado y donde volverá después de algunos centenares de días, cuya cuenta exacta lleva cuidadosamente en su memoria cada soldado deseoso de libertad. El contraste es harto manifiesto para que los grandes jefes no puedan osar nada, y se vean obligados á sufrir la ingerencia de los paisanos en sus asuntos, cosa monstruosa á sus ojos. Los símbolos republicanos, banderas, cantos, fórmulas les chocan en gran manera, pero el destino les obliga á acomodarse á ellos. Mandan, pero sólo en apariencia; han de acomodarse también á un nuevo orden de cosas; se creen libres y la corriente les lleva hacia un porvenir desconocido.

El código que rige al ejército, desde el general hasta el simple soldado, se presenta con cierta unidad, pero de hecho se aplican á los elegidos del cuerpo superior y á la multitud de los no

graduados dos sistemas completamente diferentes. Los soldados rasos están regidos por el terror, y las penas que se les aplican van acompañadas de torturas tradicionales, impuestas por el capricho de verdugos irresponsables. En cuanto á los oficiales, se tienen por hombres superiores, y arreglan como colegas cortesés, de buena compañía, las faltas de sus iguales al deber militar por penas que no pasan de decorativas y que atestiguan una continuación de respeto hacia el oficial sentenciado. Sin embargo, prodúcense dramas terribles á consecuencia de crímenes, de traiciones y de rivalidades personales; pero inmediatamente después los grandes jefes tratan de reparar lo que llaman «el honor del ejército» y que es sencillamente la apariencia de infalibilidad de que deben gozar á los ojos de la multitud ignorante. Así, por ejemplo, en el memorable «proceso Dreyfus» en que se había impuesto la pena más grave á un hombre seguramente inocente, se vió ligarse á la mayoría de los jefes del ejército, no para aclarar y proclamar la verdad, sino, al contrario, para ocultarla: á toda costa, hasta por el asesinato y por documentos falsos, se intentó salvar el honor colectivo del cuerpo, que exigía el sacrificio de una víctima pura, «muy dichosa, se decía, de servir para la salvación de una institución sagrada». Como quiera que sea, el alma del soldado ha sido descubierta, y la crítica del observador, cada vez mejor fundada sobre hechos más numerosos, demuestra que el organismo del ejército, como el de todos los demás cuerpos establecidos en el Estado á expensas de la nación, es un verdadero cáncer que propende á extenderse sobre la parte sana del pueblo y que no puede desaparecer sino por efecto de una revolución decisiva: no hay reformas suficientes en semejante caso. No se reforma el mal; se le suprime.

Pero el miedo es buen consejero. Las diversas castas saben lo que tienen que temer de un porvenir quizá próximo, y se ligan prudentemente para hacer frente al peligro el mayor tiempo posible. Á este respecto, y á pesar del retroceso más ó menos duradero resultante para el conjunto de la sociedad, hay que felicitarse de que la evolución histórica haya producido en las comarcas que se dicen civilizadas una alianza más íntima entre los gobiernos contra los pueblos, y en cada Estado una complicidad más estrecha

entre los cuerpos constituídos, clero, magistratura, ejército, contra la masa explotable de la población; las situaciones se han aclarado



ESTADO INDEPENDIENTE DEL CONGO — EL REY ZAPPO-ZAB Y LOS GRANDES DIGNATARIOS DE SU CORTE

y los acontecimientos han tomado un aspecto lógico. Los jefes y las clases directoras comprenden cada vez más el interés que tienen en la opresión metódica de la multitud de los súbditos sin los

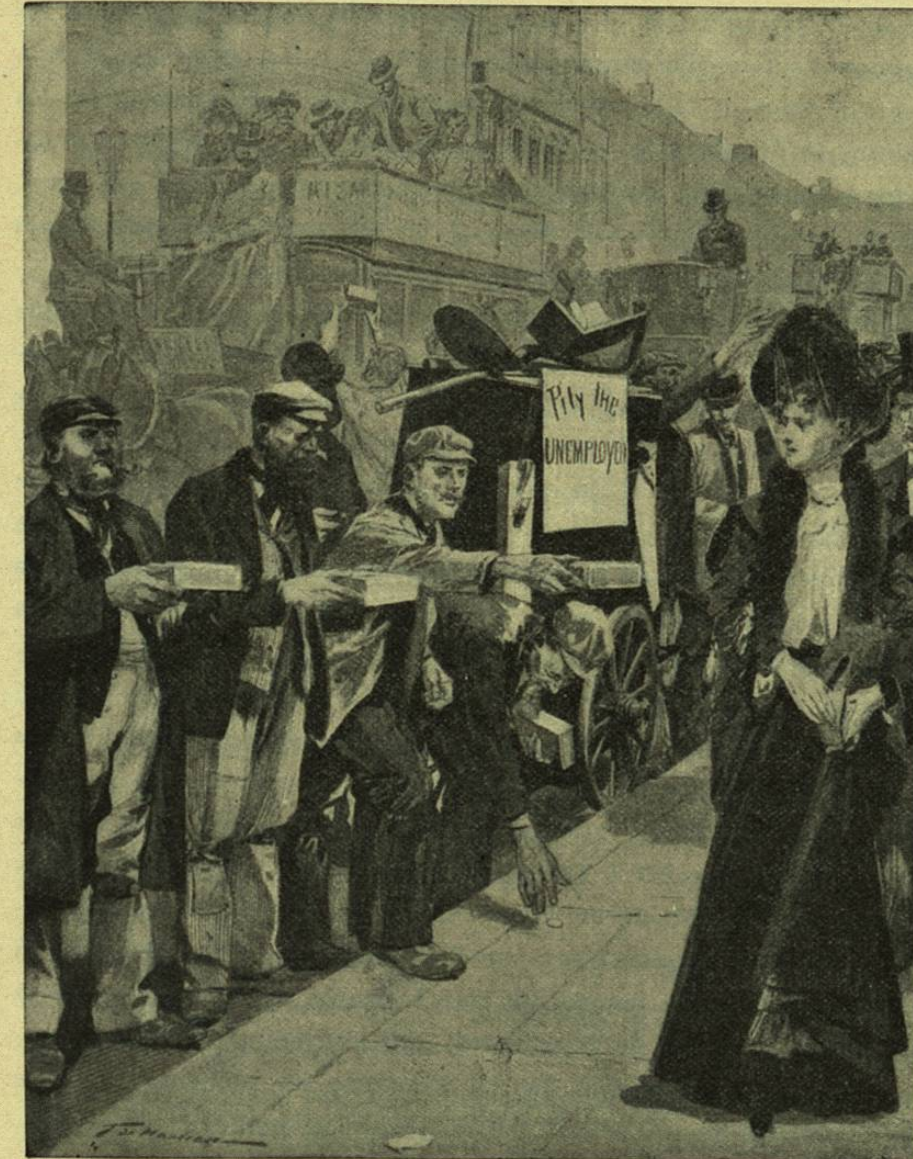
bruscos golpes de la guerra, y su principal cuidado consiste en preparar todo su aparato de defensa contra el pueblo, en el caso en que manifestase el menor intento de independencia. Los pastores de los pueblos, aquellos á quienes, con Octavio Mirbeau, se designan con el nombre de «malos pastores», tienden á constituirse en un gran Consejo, á expensas y por cuenta de la sociedad anónima de los ricos accionistas que les sostienen en el poder.

Asimismo, en los diversos Estados, los órganos del poder, antes completamente distintos y viviendo sobre un fondo de tradiciones propias, se encerraban en su celoso espíritu de cuerpo y profesaban una moral propia y exclusiva, fundada sobre la glorificación de su casta especial; pero esas diversas jerarquías, que recíprocamente se envidiaban y se odiaban, han sentido la necesidad de unirse contra el enemigo común, contra el pensador libre que las estudia y desprecia, contra el hombre que Bossuet califica de herético: «el que tiene una opinión propia, sigue su propio pensamiento y su sentimiento particular», y sobre todo contra el rebelde consciente, que no abdica su derecho de defensa, y ha comprendido el deber de obrar por sí y por sus compañeros de sufrimiento: «Contra el enemigo la reivindicación es eterna»<sup>1</sup>. En todo tiempo hubo rebeldes, pero casi siempre fueron desgraciados, embrutecidos por la miseria, que no pudiendo sufrir más, se volvían ciegamente contra el amo, pero éste ve ahora levantarse ante sí reivindicadores que conocen la causa de su miseria y los medios de salir de ella, «herejes» que, en la lucha contra la rutina, asocian su pensamiento, su sentimiento y su ciencia en vista de una acción común, desprecian las vanidades del poder y las futilidades de la riqueza, y son frecuentemente superiores á sus patronos, no sólo por la comprensión de las cosas, sino también por las cualidades morales.

Todas las clases de funcionarios y de gobernantes que tienen su parte en el presupuesto se ven obligadas á renunciar á su orgulloso aspecto de superioridad para hacer frente al peligro: soldados y curas, magistrados y parásitos que viven de la explotación de las gentes de trabajo se alían en vista del beneficio común, todos bajo la dirección

<sup>1</sup> «*Adversus hostem aeterna auctoritas esto*». L. Morosti, *Les Problèmes du Paupérisme*.

del prelado, de melíflua palabra, de sutil conciencia, siempre dispuesto á distinguir el bien del mal ó á entremezclarlos sabiamente.



Cl. P. Sellier.

LONDRES — CUESTACIÓN PÚBLICA POR LOS OBREROS SIN TRABAJO

Un mismo fenómeno se produce de una parte y de otra: la concentración de las inteligencias y de las voluntades alrededor de dos principios opuestos; de un lado la autoridad, que tiene su